

Francisco Fernández Carvajal

MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

— Santa María, Madre de Dios.

— Madre nuestra. Ayudas que nos presta.

— La devoción a la Virgen nos lleva a Cristo. Comenzar el nuevo año junto a Ella.

I. Hemos contemplado muchas veces a María con el Niño en sus brazos, pues la piedad cristiana ha plasmado del mil formas diferentes la festividad que hoy celebramos: la Maternidad de María, el hecho central que ilumina toda la vida de la Virgen y fundamento de los otros privilegios con que Dios quiso adornarla. Hoy alabamos y damos gracias a Dios Padre porque María concibió a su Único Hijo *por obra y gracia del Espíritu Santo, y, sin perder la gloria de su virginidad, derramó sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo nuestro Señor*¹. Y a Ella le cantamos en nuestro corazón: *Salve, Madre santa, Virgen, Madre del Rey*², pues realmente *la Madre ha dado a luz al Rey, cuyo nombre es eterno; la que lo ha engendrado tiene al mismo tiempo el gozo de la maternidad y la gloria de la virginidad*³.

Santa María es la Señora, llena de gracia y de virtudes, concebida sin pecado, que es Madre de Dios y Madre nuestra, y está en los cielos en cuerpo y alma. La Sagrada Escritura nos habla de Ella como la más excelsa de todas las criaturas, la *bendita*, la más alabada entre las mujeres, la *llena de gracia*⁴, la que *todas las generaciones llamarán bienaventurada*⁵. La Iglesia nos enseña que María ocupa, después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, en razón de su maternidad divina. Ella, «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres»⁶. *Por ti, Virgen María, han llegado a su cumplimiento los oráculos de los profetas que anunciaron a Cristo: siendo Virgen, concebiste al Hijo de Dios y, permaneciendo virgen, lo engendraste*⁷.

El Espíritu Santo nos enseña en la Primera lectura de la Misa de hoy que, *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley...*⁸. Jesús no apareció de pronto en la tierra venido del cielo, sino que se hizo realmente hombre, como nosotros, tomando nuestra naturaleza humana en las entrañas purísimas de la Virgen María. Jesús, en cuanto Dios, es engendrado eternamente, no hecho, por Dios Padre desde toda la eternidad. En cuanto hombre, nació, «fue hecho», de Santa María. «Me extraña en gran manera –dice por eso San Cirilo– que haya alguien que tenga alguna duda de si la Santísima Virgen ha de ser llamada Madre de Dios. Si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿por qué razón la Santísima Virgen, que lo dio a luz, no ha de ser llamada Madre de Dios? Esta es la fe que nos transmitieron los discípulos del Señor, aunque no emplearan esta misma expresión. Así nos lo han enseñado también los Santos Padres»⁹. Así lo definió el Concilio de Éfeso¹⁰.

«Todas las fiestas de Nuestra Señora son grandes, porque constituyen ocasiones que la Iglesia nos brinda para demostrar con hechos nuestro amor a Santa María –comenta San Josemaría Escrivá–. Pero si tuviera que escoger una, entre esas festividades –añade–, prefiero la de hoy; la

Maternidad divina de la Santísima Virgen (...).

«Cuando la Virgen respondió que sí, libremente, a aquellos designios que el Creador le revelaba, el Verbo divino asumió la naturaleza humana: el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, desde entonces, verdadero Hombre; Unigénito eterno del Padre y, a partir de aquel momento, como Hombre, hijo verdadero de María: por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre –sin confusión– la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios»¹¹.

A Nuestra Señora le será muy grato que en el día de hoy le repitamos, a modo de jaculatoria, las palabras del Avemaría: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros*.

II. «Nuestra Madre Santísima» es un título que damos frecuentemente a la Virgen, y que nos es especialmente querido y consolador. Ella es verdaderamente Madre nuestra, porque nos engendra continuamente a la vida sobrenatural.

«Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia»¹².

Esta maternidad de María «perdura sin cesar... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada»¹³.

Jesús nos dio a María como Madre nuestra en el momento en que, clavado en la cruz, dirige a su Madre estas palabras: *Mujer, he ahí a tu hijo. Después dice al discípulo: He ahí a tu madre*¹⁴.

«Así, de un modo nuevo, ha legado su propia Madre al hombre: al hombre a quien ha transmitido el Evangelio. La ha legado a todo hombre... Desde aquel día toda la Iglesia la tiene como Madre. Y todos los hombres la tienen como Madre. Entienden como dirigidas a cada uno las palabras pronunciadas desde la Cruz»¹⁵.

Jesús nos mira a cada uno: *He ahí a tu madre*, nos dice. Juan la acogió con cariño y cuidó de Ella con extremada delicadeza, «la introduce en su casa, en su vida. Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole *que se manifieste como nuestra Madre (Monstra te esse Matrem. Himno litúrgico Ave maris stella)*»¹⁶. Al darnos Cristo a su Madre por Madre nuestra, manifiesta el amor a los suyos hasta el fin¹⁷. Al aceptar la Virgen al Apóstol Juan

como hijo suyo muestra Ella su amor de Madre con todos los hombres.

Ella ha influido de una manera decisiva en nuestra vida. Cada uno tiene su propia experiencia. Mirando hacia atrás vemos su intervención detrás de cada dificultad para sacarnos adelante, el empujón definitivo que nos hizo recomenzar de nuevo. «Cuando me pongo a considerar tantas gracias como he recibido de María Santísima, me parece ser como uno de esos santuarios marianos en cuyas paredes, recubiertas de *exvotos*, solo se lee esta inscripción: “Por gracia recibida de María”. Así me parece que estoy yo escrito por todas partes: “Por gracia recibida de María”.

»Todo buen pensamiento, toda buena voluntad, todo buen sentimiento de mi corazón: “Por gracia de María”»¹⁸.

Podríamos preguntarnos en esta fiesta de Nuestra Señora si la hemos sabido acoger como San Juan¹⁹, si le decimos muchas veces, *Monstra te esse matrem! ¡Muestra que eres Madre!*, demostrando con nuestras obras que deseamos ser buenos hijos suyos.

III. La Virgen cumple su misión de Madre de los hombres intercediendo continuamente por ellos cerca de su Hijo. La Iglesia le da a María los títulos de «Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora»²⁰, y Ella, con amor maternal, se encarga de alcanzarnos gracias ordinarias y extraordinarias, y aumenta nuestra unión con Cristo. Es más, «dado que María ha de ser justamente considerada como el camino por el que somos conducidos a Cristo, la persona que encuentra a María no puede menos de encontrar a Cristo igualmente»²¹.

La devoción filial a María es, pues, parte integrante de la vocación cristiana. En todo momento, hemos de recurrir, como por instinto, a Ella, que «consuela nuestro temor, aviva nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestros temores y anima nuestra pusilanimidad»²².

Es fácil llegar hasta Dios a través de su Madre. Todo el pueblo cristiano, sin duda por inspiración del Espíritu Santo, ha tenido siempre esa certeza divina. Los cristianos han visto siempre en María un atajo –«senda por donde se abrevia el camino»– para llegar ante el Señor.

*Dios y Señor nuestro, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentar la intercesión de aquella de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida*²³.

Con esta solemnidad de Nuestra Señora comenzamos un nuevo año. En verdad no puede haber mejor comienzo del año –y de todos los días de nuestra vida– que estando muy cerca de la Virgen. A Ella nos dirigimos con confianza filial, para que nos ayude a vivir santamente cada día del año; para que nos impulse a recomenzar si, porque somos débiles, caemos y perdemos el camino; para que interceda ante su divino Hijo a fin de que nos renovemos interiormente y procuremos crecer en amor de Dios y en servicio a nuestro prójimo. En las manos de la Virgen ponemos los deseos de identificarnos con Cristo, de santificar la profesión, de ser fieles evangelizadores. Repetiremos con más fuerza su nombre cuando las dificultades arrecien. Y Ella, que está siempre pendiente de sus hijos, cuando oiga su nombre en nuestros labios, vendrá con

prisa a socorrernos. No nos dejará en el error o en el desvarío.

En el día de hoy, cuando contemplemos alguna imagen suya, le podemos decir, al menos mentalmente, sin palabras, *¡Madre mía!*, y sentiremos que nos acoge y nos anima a comenzar este nuevo año que Dios nos regala, con la confianza de quien se sabe bien protegido y ayudado desde el Cielo.

1 Misal Romano, *Prefacio de la Maternidad de la Virgen María*. — **2** *Antífona de entrada de la Misa*. — **3** *Antífona 3 de Laudes*. — **4** *Lc 1, 28*. — **5** *Lc 1, 48*. — **6** Conc. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 63. — **7** *Antífona Magnificat del 27 de diciembre*. — **8** *Gal 4, 4*. — **9** San Cirilo de Alejandría, *Carta 1*, 27-30. — **10**. *Dz-Sch*, 252. — **11** San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, 274. — **12** Conc. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 61. — **13** *Ibidem*, 62. — **14** *Jn 19, 26-27*. — **15** Juan Pablo II, *Audiencia general*, 10-I-1979. — **16** San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, 140. — **17** Cfr. *Jn 13, 1*. — **18** Masserano, *Vita di San Leonardo da Porto Maurizzio II*, 4. — **19** Cfr. *Jn 19, 27*. — **20** Conc. Vat. II, *Ibidem*, 62. — **21** Pablo VI, Enc. *Mense Maio*, 29-IV-1965. — **22** San Bernardo, *Hom. en la Natividad de la B. Virgen María*, 7. — **23** *Oración colecta de la Misa*.